

ficables y disculpables. Acerca de los supuestos en los que se basaba su crítica, sobre su pensamiento estético, no tenemos ideas claras. Y no es que el autor no hable de ellas; se indica su ascendencia hegeliana, se desarrollan algunos conceptos... Pero a lo largo del libro quedan desperdigadas multitud de citas de Clarín que están necesitando un comentario. A título de ejemplo citaré dos. La primera, como índice de lo que hay de caduco y superado en su estética: «Sólo tiene de real lo que tiene lo real de no asimilable para el arte.» La segunda, como testimonio de lo actual de su pensamiento: «Cada tiempo necesita una manera propia, suya, exclusiva, de literatura.»—MARINA MAYORAL (*Bretón de los Herreros*, 65. MADRID).

DOS NOTAS BIBLIOGRAFICAS

TRES LIBROS DE PEDRO LAIN

En el transcurso de unas semanas, casi de modo simultáneo, han llegado al lector tres nuevas obras del profesor Laín Entralgo; son sus títulos *El estado de enfermedad*, *Una y diversa España* y *El problema de la Universidad*. El primero ha sido editado por la Sociedad de Estudios y Publicaciones (Madrid, 1968; 192 pp.), el segundo lo ha publicado Edhasa (Barcelona, 1968; 275 pp.) y el tercero pertenece a la colección «Cuestiones Españolas», que edita la revista *Cuadernos para el Diálogo* (Madrid, 1968; 154 pp.). Lo singular que ofrecen estos tres volúmenes, al aparecer hermanados, es que en sus textos se hace patente la triple—o mejor sería decir cuádruple—preocupación intelectual de su autor. En efecto, el antropólogo y el patólogo, el interesado, con mente historicista, por el hombre y la situación en que al existente coloca el evento de la enfermedad, es quien ha escrito *El estado de enfermedad*; el español, el preocupado, con fidelidad y lucidez ejemplares, por los problemas de su patria y de su tiempo, da nuevo testimonio en *Una y diversa España*; finalmente, el volumen *El problema de la Universidad* nos hace reencontrar al universitario, al profesor que no hace muchos meses ha cumplido sus primeros veinticinco años de servicios a la Universidad española, fecha que ha sido solemnizada con un nutrido número de la revista *Asclepio*, escrito por discípulos y amigos, y entre estos últimos, por Aranguren y Tovar, Xavier Zubiri, Maravall y Julián Marías, Dámaso Alonso y Rafael Lapesa, Díez del Corral, Chueca Goitia, Teófilo

Hernando, Rof Carballo y Sánchez Cantón, y los poetas Dionisio Rídruejo y Luis Rosales.

El problema de la Universidad es obra compuesta de cinco textos: «Examen de conciencia», «Lo que se enseña y lo que no se enseña en la Universidad española», «En torno a la libertad académica», «Ante unas sanciones» y «La Universidad en la vida española». Encabeza el volumen una nota prologal y se remata con un epílogo interrogativo titulado «Dónde está el alba de oro». En las palabras preliminares, Pedro Laín, ilustrando al lector de turno sobre el contenido del libro, escribe: «Nadie busque aquí doctrina elaborada. Cuando una víscera duele, la más inmediata respuesta al dolor es el lamento. Pero si la principal función de la víscera consiste en saber y enseñar, es de todo punto forzoso que el lamento contenga alguna indicación explicativa y diagnóstica acerca de la lesión que lo determina. Y puesto que el mejor tratamiento es el que combate con eficacia la causa de la enfermedad, algo pueden hacer estas personales reacciones para señalar las líneas principales del oportuno remedio.» Certero es, a mi modo de ver, este juicio; en todas sus partes, redactadas en distintas circunstancias, entre 1951 y 1968, el autor encara—él mismo lo confiesa—el problema de «su Universidad», y de aquí deriva lo que de «lamento» tienen las consideraciones de Pedro Laín; pero el autor, intelectual siempre, liga al lamento la reflexión, el comentario sereno, una valoración justa de los hechos; indaga, perspicaz, en sus motivaciones; apunta soluciones. Puede estar o no de acuerdo el lector con el autor; lo que ninguno podrá negar, pienso, es la ponderación y el rigor con que Laín Entralgo plantea y busca explicar ese hondo, grave y de no fácil solución «problema universitario». (Coincidencia curiosa: al tiempo de publicarse *El problema de la Universidad* aparece el esperado libro de Antonio Tovar *Universidad y educación de masas*—Ediciones Ariel, 1968—, que mucho me gustaría poder comentar como merece.)

La segunda de las tres obras de Pedro Laín, a cuya reseña se consagra esta nota informativa, la rotulada *Una y diversa España*, compuesta, como la precedente, de trabajos redactados en dispares fechas, pero aunados por una misma—y en su autor, fundamental—preocupación, constituye un conjunto armónico, y en ella se prolonga el escritor a quienes somos deudores de los ensayos recogidos, en su versión definitiva, en los dos volúmenes de *España como problema* (1956). Se reproducen en *Una y diversa España* los trabajos «La cultura española», «Guía plástica de Castilla», «Tríptico de Madrid», «Toledo: diseño de alzado» y «La obra intelectual de la España contemporánea»; el artículo «Meditación de Teotihuacán», el texto auto-

biográfico «Mi Soria pura», el estudio «Mi Maragall» y siete textos menores; cierra el volumen el escrito «Sobre el diálogo y sus condiciones». Por sus fechas, pertenecen a una época limitada por los años 1945 y 1967. En su contenido, todos los artículos y estudios mencionados, reunidos en *Una y diversa España*, dan testimonio de una actitud formulada en la introducción, y que es expuesta así: «Sin mengua de una aplicada dedicación a las dos determinaciones principales de mi oficio intelectual, la historia del saber médico y la cavilación antropológica, nunca mi irrenunciable pertenencia a la vida española ha dejado de ser estímulo—esto es, aguijón—para mi alma y mi pluma.» Lo que a estas palabras sigue, en la citada introducción, es transcripción de un amplio fragmento del prólogo («El autor habla de sí mismo»), escrito por Laín en 1965 para encabezar el volumen de *Obra selecta*, editado en tal fecha por la Editorial Plenitud. La lectura de este prólogo, sincero texto confesional, lo considero imprescindible para entender en Laín Entralgo tanto al intelectual, al escritor, como al hombre.

La última de las obras de Laín cuya edición aquí anuncio, *El estado de enfermedad*, corresponde, repitiendo palabras de su autor que acabo de citar, «a las dos determinaciones principales de mi oficio intelectual, la historia del saber médico y la cavilación antropológica»; quiero decir que en ella, en su realización, aparecen fundidos el historiador y el antropólogo, y con ambos, desde luego, el médico. Nada es preciso decir para confirmar la amplitud, la plenitud y el valor real de la obra ya realizada como historiador de la medicina por Pedro Laín, conocida y reconocida dentro y fuera de España, dentro y fuera también del círculo de los profesionales de la historiografía médica; su meditación sobre la realidad humana, de otra parte, repartida en varios títulos de lo más logrado de su obra escrita, ha permitido en fecha reciente escribir un denso comentario a Pedro Soler Puigoriol. Se comprende el interés que puede despertar el tratamiento del tema por quien tan autorizado se halla para abordarlo.

El estado de enfermedad es la versión escrita de un curso dictado en la Sociedad de Estudios y Publicaciones, editora, queda dicho, del volumen. El texto, como anticipa el autor en la «Advertencia preliminar», constituye sólo «el torso de un fragmento de un futuro libro»; esta limitación queda asimismo subrayada en el subtítulo de la obra: «Esbozo de un capítulo de una posible antropología médica». Desde aquí quiero proclamar mi personal deseo de ver convertida en realidad la empresa que este libro nos anticipa; el lector de *El estado de enfermedad*, estoy seguro, sentirá, al cerrar el volumen, idéntica

impaciencia. Las siete lecciones que integran la obra estudian: la primera, la enfermedad en el vegetal y en el animal, cuestiones a las que antecede una reflexión sobre los conceptos *enfermedad* y *enfermabilidad*; la lección segunda aborda ya el examen de la enfermedad «humana», y la que a ésta sigue analiza el cambio vital que el estar enfermo provoca; la nosogénesis es estudiada en la cuarta lección; las lecciones quinta y sexta tienen por tema el análisis de la «realización de la enfermedad», manifestándose en la doble vertiente de la realidad humana, es decir, el síntoma en sus aspectos somático y psíquico; la última lección, rotulada «Metafísica de la enfermedad», quiere dar respuesta a la interrogante ¿cuál es la realidad propia de la enfermedad?, mostrando, como ya el autor señala en la primera lección, que la enfermedad humana puede ser encarada desde dos distintos puntos de vista: «Por una parte —son palabras de Laín—, el punto de vista de *la* enfermedad: la enfermedad humana, en cuanto que padecida por alguien que está ante mí, la enfermedad como realidad objetiva; por otro lado, el punto de vista de *mi* enfermedad: la enfermedad en cuanto que padecida por mí mismo, la enfermedad como realidad subjetiva.» Las dos primeras partes de esta lección séptima se titulan, respectivamente, «La enfermedad desde el punto de vista de *lo que es*» y «La enfermedad desde el punto de vista de *lo que soy*»; la tercera parte de la lección lleva este encabezamiento: «La enfermedad humana en la metafísica de Xavier Zubiri».

Pone punto final al breve pero denso volumen *El estado de enfermedad* una reflexión, que no resisto a transcribir, en la cual, tras recordar la frase de Schelling: «Filosofar sobre la naturaleza es construir la naturaleza», afirma, resumiendo cuanto el libro enseña: «Filosofando sobre la naturaleza no se hará física ni medicina..., pero se entenderá mejor y más profundamente lo que acerca de la materia cósmica y de la enfermedad nos dicen los físicos y los médicos; y a veces se ofrecerá a unos y otros algún nuevo punto de vista para proseguir con fruto la exploración científica de las particulares realidades a que consagran su esfuerzo. A través de tres distintas orientaciones del pensamiento filosófico —la ontología aristotélico-escolástica, la analítica fenomenológica de la existencia y el realismo nuevo de Xavier Zubiri—, esto querría yo que fueran para los médicos mis reflexiones acerca de la metafísica de la enfermedad.»

Fiel a la intención informativa de esta nota, nada añadiré a lo que en ella queda escrito; ante ciertos libros, en este caso las tres nuevas obras del profesor Laín Entralgo, ninguna exégesis, por bri-

llante y amplia que ella fuere, excusaría al lector de conocer, por sí mismo, el texto comentado; sólo cabe, pues, inducir a su lectura, en la seguridad de que se nos agradecerá el consejo.

SOLANA, ESCRITOR *

La publicación de la obra *Solana, escritor*, escrita por Weston Flint, supone una valiosa aportación para el conocimiento de la producción escrita de José Gutiérrez-Solana, reproducida en bella edición por Editorial Taurus (*Obra literaria*; Madrid, 1961), y que incluye textos de Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna y el estudio sobre Solana de Camilo José Cela. Componen la obra literaria de Solana, es sabido, dos series de artículos, encabezados con el rótulo común *Madrid: escenas y costumbres* (1913 y 1918), el volumen *La España negra* (1920), los libros *Madrid callejero* (1923) y *Dos pueblos de Castilla* (1924) y la novela *Florencio Cornejo* (1926). En la edición realizada por Taurus se suman a los títulos nombrados una colección de tres artículos reunidos con el título *París* y otros cinco textos breves denominados colectivamente *Fragmentos*.

El estudio de Weston Flint se compone de tres capítulos, incluyendo como apéndice una muy completa bibliografía crítica. En la introducción al cuerpo de su trabajo anticipa la intención de su examen crítico al escribir: «Propósito más esencial del presente ensayo es descubrir, mediante profundo análisis, los huesos de la prosa de Solana, revelando, por consiguiente, su articulada estructura.» En el primero de sus capítulos, con mucho el más extenso de la obra, Weston Flint destaca y analiza los elementos integrantes de la literatura de Solana: seres humanos, la «gente», y animales, las «cosas»; y, finalmente, el escenario, los ambientes que gustó describir, urbanos y campesinos, con preferencia los de Madrid; la valoración de estos ingredientes de los libros escritos por Solana, evidentemente, permite deducir conclusiones sobre sus preferencias acerca del mundo que gustó conocer y luego rehízo como escritor; mundo, animado e inerte, que es el mismo que dio tema a su obra pictórica.

En el segundo capítulo, Weston Flint ahonda en el análisis de la obra literaria de Solana para someter a estudio sus componentes ideológico y estético; sucesivamente, con acento cuidado e indudable agudeza, se nos ofrece en este capítulo central la interpretación del hombre elaborada por Solana, destacando su pesimismo antropológico,

* WESTON FLINT: *Solana, escritor*. Ed. Revista de Occidente. Madrid, 1967.

atemperado por la ironía. Al comentar la estética de Gutiérrez-Solana, Weston Flint destaca y confirma la identidad existente entre su labor literaria y la pictórica, identidad tanto de temas como de tratamiento de los mismos; a título de confirmación, nos ofrece un sugerente y bien logrado confrontamiento entre el cuadro *Las últimas máscaras* y el artículo «El entierro de la sardina» (pp. 171-76 y 180-81).

Finaliza la obra de Weston Flint con un intento de establecer relación entre la producción libresca de Solana y la labor literaria llevada a cabo por algunos escritores de la generación del 98. Por edad, Solana pertenece a la promoción que sigue, cronológicamente, a la que contó entre sus miembros a los «noventayochistas»; relación personal entre Solana y varios escritores del 98, si existió; la mantuvo con Ricardo Baroja, también con su hermano Pío y con Valle-Inclán. El enfrentamiento Solana-Pío Baroja, analizado con particular atención por Weston Flint, no es, ciertamente, afortunado, y las conclusiones que de él deduce me parecen, personalmente, muy discutibles. Aun con este reproche final, *Solana, escritor* es obra importante, cuya lectura hay que recomendar a cuantos se interesen en el conocimiento de ese período de la literatura española que yo acostumbro titular de «entreguerras».—LUIS S. GRANJEL (*Gran Vía, 19. SALAMANCA*).

FRANCESC VALLVERDÚ: *Cada paraula, un vidre*. Els llibres de l'Óssa menor, 59. Aymà, S. A. E. Barcelona, 1968. 58 págs.

En 1957 la poesía catalana se halla completamente dominada por la figura señera de Carles Riba. Sus dotes de gran humanista, su crítica clásica, su honesta, si bien moderada, conducta pública, le han convertido en una especie de «santón» de la cultura catalana, en el maestro indiscutido. En esta coyuntura aparece el que quizá sea el primer libro de «poesía social» en lengua catalana: *Home que espera*, de Joaquim Horta. Un joven crítico de veintisiete años, Joaquim Molas, dirá del libro en su prólogo que «el verso no es válido como instrumento lírico, sino como instrumento de combate», que en él hay una «fe en un futuro de victoria» y una necesidad de «desenmascarar un presente, el del poeta y el de toda su generación, herida brutalmente en su capacidad de pureza y maravilla», siendo el poeta «un caso fatal y logrado de vinculación a las formas que la actual coyuntura histórica nos pide».

En 1959 muere Carles Riba. En 1960 se produce el estallido con la publicación de *La pell de brau*, de Salvador Espriu, y *Vacances Pa-*